

SOCIOLOGIA DEL «M

Los béticos están ya hasta el gorro de cargar con su tópico ante los ojos de España. En una Andalucía que por todos los medios trata de aparentar mejor vida que la que lleva y que aparece en el baile de disfraces del desarrollo con tecnocráticos atuendos de empresarios agrícolas, de ejecutivos de delegaciones de empresas catalanas o de inversores de Telefónicas, los béticos luchan por sacudirse su leyenda:

—Una cosa —me decía uno de ellos— es ser popular y otra es ser populachero. El Betis es popular porque sus partidarios lo quieren tan entrañablemente, que han creado esta imagen que a muchos les ha parecido populachera. Incluso todo esto se ha aprovechado para la política: que si los béticos éramos la morralia, la hez... ¡Vamos, el comunismo! Y nada de esto es cierto.

Peró aunque no sea cierto, los propios seguidores echan a veces por tierra cuanto con tanta medida entiende lo que podríamos llamar la intelectualidad y el Estado Mayor bético, que va desde un académico correspondiente de la Real Española y miembro de la Hispanic Society of America —don Santiago Montoto—, a un fallecido catedrático de Física y secretario general de la Universidad, don Manuel Pérez. Y a veces, los que hacen populachismo del «manque pierda» no son exclusivamente los forofos del gol Sur, sino los cantores áulicos del club. En la única historia oficial del Betis que se ha publicado se echa leña al fuego del mito:

«Dentro de un orden filosófico (los hombres del Betis) tienen un lugar que se adentra en la épica. La fe de estos seguidores, que resume su famoso y popular grito de: "¡Viva el Beti manque pierda!", tan sólo es comparable al de los legionarios, que vitorean a la muerte» (1).

La historia del club también está en contra de estos béticos-legionarios-novios-de-la-muerte-en-el-pozo-de-Tercera. El mito dice: «El Sevilla lo fundaron los señoritos; el Betis, los albañiles». Nada menos cierto. Al Betis —por decirlo en ese lenguaje— también lo fundaron los señoritos, como a todas las sociedades que surgieron en España en el novecientos por influencia del Huelva Recreation Club, creado en las minas de Río Tinto en 1889 por los colonizadores ingenieros ingleses.

LOS MITOS SEVILLANOS DEL REAL BETIS BALOMPIE

«El único consuelo de los seguidores béticos —que son la capa más popular de la capital sevillana— radica en que de momento están en Primera, mientras que los señoritos del Sevilla siguen en Segunda», escribía hace unas semanas una revista deportiva. Con esto no hacía más que poner de nuevo en circulación la moneda lorquiana y tópica de un Betis fatalista, supersticioso, proletario, republicano, populachero... frente a un Sevilla acudado, tecnocrático, elitista, monárquico y señorial. Como en tantas cosas del Sur español, el tópico se ha cebado en el fútbol andaluz. Porque ni el Real Betis Balompié es exclusivamente «el equipo del pueblo», ni el Sevilla C. de F. es por antonomasia «el club de los señores». En todo caso, tales diferencias no están marcadas por caracteres locales, sino por la «eterna rivalidad» que dicen los cronistas y que es común a culés y periquitos, colchoneros y merengues, etcétera. Sin embargo, el Betis (que, pese a todo, es Real antes que Balompié) carga con algo que pocos clubs tienen: una mitica sociología popular, la sociología del «manque pierda».

ANTONIO BURGOS

Si concedemos que colonialismo técnico y económico de capital y técnica inglesa y desocupación social de «distinguidos "sportmen"» fueron el caldo de cultivo que hizo nacer en España el fútbol, en Sevilla el tubo de ensayo era óptimo. De un lado estaba el colonialismo: The Sevilla Tramway Co., The Sevilla Water Co., sociedades que para el pueblo eran «los tranvías de los ingleses», «el agua de los ingleses». De otro lado, los «distinguidos "sportmen"», versión a lo Coubertin del señoritismo feudal, de los que las fortunas familiares andaluzas proporcionaban amplias reservas.

En estas circunstancias, en 1905, nace el Sevilla Football Club, llamado popularmente hasta después de la guerra «el Sevilla fobaclú». ¿Y el Betis? No tardará en caer en su embrión. En 1907, unos jóvenes distinguidos que se preparaban para su aspirantado a la oficialidad del Ejército en la Academia Politécnica Sevillana fundan la Sociedad Sevillana Balompié, que preside don Manuel Moreno y de la que es motor un inglés, mister Harris Jones, llamado «Papá Jones», empleado de escritorio de la delegación de una naviera británica. En 1909 nace el otro precedente del Betis, dicen que desgajado del «Sevilla fobaclú»; pero no por cuestiones de lucha de clases debió ser ciertamente. Porque en el Betis Football Club —que es la nueva sociedad— están hasta tres personas que llevan el apellido Borbolla; entre ellas, don Pedro Rodríguez de la Borbolla, el ministro de don Alfonso XIII y líder sevillano de los

conservadores. Tan señorial es este Betis protohistórico, que don Pedro consigue en septiembre de 1914 que el Rey acepte el cargo de presidente nato y, en consecuencia, se le conceda al club el título de Real, que todavía lleva.

Este «Real Betis fobaclú» publica en la prensa una relación de cargos honoríficos en su Junta que en nada desmerece de las Juntas de Gobierno actuales de algunas cofradías sevillanas. Es presidente nato, como queda dicho, el Rey; presidentes honorarios, don Pedro, un conde (el de Halcón) y un marqués (el de Mochales). Y socios honorarios, la flor y nata del poder: Dato, Sánchez Guerra, Maura, Romanones, Santiago Alba... aparte de cinco marqueses, dos condes (aparte de Romanones) y todas las «fuerzas vivas» de la ciudad, incluidos los hermanos mayores de dos cofradías: la de la Hiniesta y la de la Macarena (2).

Míster Jones se va a la guerra

En noviembre de 1914, aquel Real Betis Football Club de Rodríguez de la Borbolla y míster Jones se fusiona con la Sociedad Sevilla Balompié, la de los «distinguidos "sportmen"» que aspiraban a ser oficiales del Ejército. Es cuando míster Jones tiene que dejar Sevilla y su escritorio, movilizado por su país en una I Guerra Mundial que le llevará a Mesopotamia, de

dónde se reciben sus últimas noticias.

Peró el Real Betis Balompié —nombre dado al club resultante de la fusión— ya ha surgido. De Escocia, un día, un «hijo de acomodada familia», don Manuel Ramos Asensio, trae una equipación. La ha visto en un escaparate y la ha comprado, para salvar las penurias de atuendo del equipo, comunes en aquel tiempo. La equipación consiste en unas camisetas a listas verdes y blancas... Se estrena en el Campeonato de Sevilla, que, por cierto, organiza un duque: el de Santo Mauro.

Los colores verdiblanos de la leyenda se escogieron, pues, al azar. Entonces los equipos no usaban aún una indumentaria fija. Peró el verde y blanco gustó tanto, que quedó. Por supuesto que sin pensar en los colores de la bandera de Andalucía, en las ideas que Blas Infante empezaba a exponer en el Ateneo (3), en lo que habría de ser en los años treinta el Estatuto, el sueño de la República Andaluza dentro del Estado Federal Español, las avionetas de Ramón Franco con el «Viva Andalucía libre» escrito electoralmente bajo los planos, la fandanguería regionalista del pasodoble «Giralda». Cualquiera parecido, pues, entre los colores del Betis y de su bandera verde y blanca con el regionalismo andaluz, es —como tantas cosas del club— mito y pura casualidad.

Por el año 19, el Betis deja el «campo de las tablas verdes» en el Prado de San Sebastián y se va al del Real Patronato, en una zona elitista como es el barrio del Porvenir y como fue luego Heliópolis. En el Patronato empieza el «amateurismo marrón», el profesionalismo de los jugadores, la leyenda de Timimi y también lo que a la larga habría de ser la sociología del «manque pierda». Peró no porque vayan a los partidos del Patronato seguidores bullangueros y simpaticones, el club es todo lo popular que pueda pensarse: en 1916 es presidente don Carlos Alarcón de la Lastra, un apellido con muchas campanillas sociales en la ciudad y muchas raíces en el club; en 1920, el presidente se llama don Jerónimo Domínguez y Pérez de Vargas, marqués del Contadero, que andando el tiempo sería alcalde de la ciudad y cuñado del ganadero don Salvador Guardiola.

En cierto modo, cuando míster Jones se fue a la guerra, comenzó el Betis que ahora conocemos.

(1) César del Arco: «Medio siglo de fútbol sevillano. Victorias, anécdotas y venturas del Real Betis Balompié». Selección Gráficas. Sevilla, 1958. Páginas 8-9.

(2) «El Liberal», de Sevilla, 27 noviembre 1914. (Citado por Del Arco.)

(3) Blas Infante Pérez: «Ideal andaluz. Varios estudios acerca del renacimiento de Andalucía». Imprenta de Joaquín L. Arévalo. Sevilla, 1915.

ANQUE



PIERDA

El mito republicano

En los años que siguen, la lista de presidentes sigue siendo sintomática: un periodista, Gil Gómez Bajuelo; un militar, Juan del Castillo Ochoa; el mítico Ignacio Sánchez Mejías, detenido por Lorca para el tópic andaluz a las cinco de la tarde... Poco a poco, el Betis va formando su leyenda, que está ya en órbita cuando se organizan los Campeonatos Nacionales de Liga, momento que coincide con la mayor expansión económica, urbana y demográfica de Sevilla en este siglo: la Exposición Iberoamericana de 1929. Adelantándose a la política en dos años, todavía durante la Dictadura, la Liga tuvo sus constituyentes, que fueron las promociones de 1929-1930, que llevaron al Betis a Segunda.

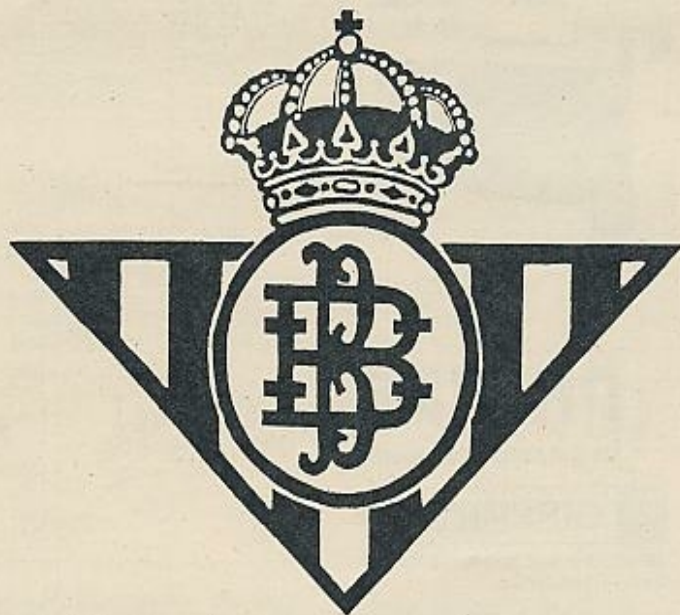
Y aquí entra otro mito en juego: el Betis —se dice— tuvo su mejor momento durante la II República Española. El silogismo es perfecto: si es «el equipo del pueblo», la toma de conciencia de la soberanía popular, etcétera. Pero volvemos a la de siempre. No fue del todo así.

—El Betis —nos dice un destacado bético— estaba en Segunda cuando se proclamó la República, en mil novecientos treinta y uno. Por sus pasos y por sus méritos deportivos logró ascender al año siguiente, pero sin que influyera en nada la política.

En el primer año republicano, el Betis llega a la final de Copa, pero la pierde ante el Atlético de Madrid, en Chamartín. A la siguiente temporada logra ascender. En aquellos años milite —como dicen los cronistas— en Primera. Pero hasta la Liga mítica del 34-35 no conquistará el pleno triunfo.

—Pero, mire usted —me sigue diciendo mi amigo bético—, la República entró en el treinta y uno. Y el Betis no es campeón de Liga hasta el treinta y cinco. Así que, ¿de dónde me sacan que el Betis fue un equipo favorecido por la República?

La que mi amigo bético no precisaba era la sociología política de la II República en Sevilla. Si miramos el Espasa futbolero del «Calendario Dinámico», vemos que el Betis logra simplemente ascender en los tiempos constituyentes, que es la época de acuñación de «Sevilla la roja», cuando la huelga revolucionaria del 31 y el bombardeo de Casa Cornelio en la Macarena. Si por algo se caracterizó la República en Sevilla, fue por la toma del poder local por los partidos burgueses de izquierda, por los radi-



Evolución del escudo del Betis. El primero es el que llaman «romántico», adaptado al crearse el club por fusión de la Sociedad Sevilla Balompié y el Real Betis Football Club. Al llegar la República se le quitó urgentemente la corona. Como la circunferencia recordaba a muchos humorísticamente, las tortas de Castilleja, se pensó en un «escudo republicano», que es el segundo del grabado. Tras el 18 de julio se siguió utilizando este escudo, rematado por una corona real. Hasta que, finalmente, se buscó una solución ecléctica entre el «romántico» y el «republicano», que es el tercero que aparece en el grabado y el ahora vigente.

cales de Martínez Barrio, por los socialistas, por los abogados de Izquierda Republicana. La República que presuntuosamente favoreció al Betis se pinta por lo común en Sevilla como un tiempo de pistoleros de Pepe Díaz y huelgas de la gente del Barneto en el muelle, cuando la realidad es que el poder local estuvo en manos de los abogados de don Diego, de gremios tan insólitos como los dependientes de bebidas o los empleados de escritorio.

Lo que sí hizo el Betis en aquellos años fue olvidarse del título de «Real» que consiguiera don Pedro (al que en el caciqueo local reemplazó don Diego) y quitarle la corona al escudo, que hasta entonces era el que los béticos llaman el «romántico»: una circunferencia en la que van inscritas las dos «bes» del anagrama, rematadas por la corona de don Alfonso XIII. Pero se olvida comúnmente que el Betis no hizo más que seguir la corriente. El Real Madrid —a pesar de su superior distinción política casi gubernamental de la posguerra— también le quitó la corona al escudo. Pero eso no se suele decir.

—Mantener la corona real —dicen los que vivieron aquellos tiempos— era una temeridad, una imprudencia y podía considerarse como una rebelión. Al quitarle la corona al escudo, quedó solamente un redondel: una torta de Castilleja, vamos, poco más o menos.

Se busca entonces un nuevo escudo. Se convoca un concurso. Y quien lo gana no es precisamente un mecánico de la fábrica de tornillos afiliado a la FAI o un escribiente de la fábrica de sombreros de la calle Arroyo, sino un oficial del Ejército: don Enrique Añino. Se acuña así el escudo del «manque pierda», ahora tan conocido: un triángulo listado con barras verdes y blancas en el que va inscrito un rombo con el anagrama de las dos «bes» del escudo «romántico». Las barras son trece. Pero no hay que buscar fatalismo, que habrá de venir después tal talento: es que al dibujante le venía mejor ese número para componer la figura.

Con este escudo, el Betis juega la que se ha dado en llamar «temporada gloriosa», que es la de 1934-1935, con la CEDA en el poder, nada más alejado de la imagen política del «equipo del pueblo». El Betis, en «la gloriosa», sólo pierde tres partidos. Ganando quince y empatando tres, se mantiene como líder de cabo a rabo de la Liga. Sus partidos gloriosos los juega todavía en el humilde campo del Patronato. Y eso que desde que terminó la Exposición Iberoameri-

**¿Necesita una computadora
para hoy o para mañana?**

Para siempre: una computadora Philips.

Para hoy. Para solucionar sus problemas de hoy las computadoras Philips P. 350 proporcionan la variedad de configuraciones más completa del mercado: 4.096 en total.

Para mañana. Philips P. 350 supone modularidad total. Su configuración de hoy puede crecer al compás de sus necesidades.

Memorias de 3.200 a 76.800 caracteres.

Cuentas magnéticas con 64 a 1.344 caracteres.

Perforadores de cinta y tarjeta.

Lectores de cinta y tarjeta.

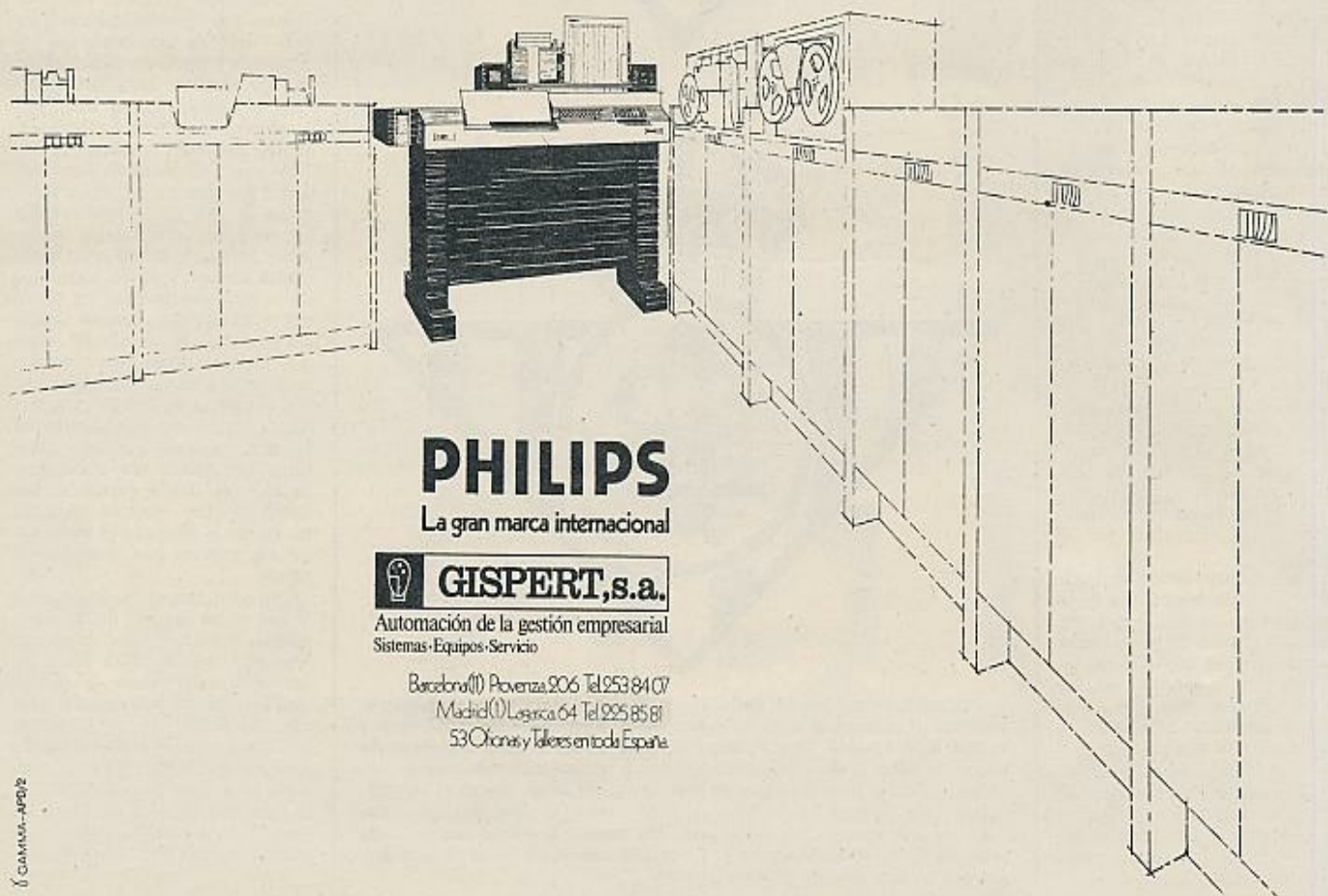
Lectores automáticos de banda magnética.

De 1 a 4 cassettes de cintas magnéticas.

Impresoras rápidas.

Conversión a terminal.

De 1 a 5 unidades de disco.



PHILIPS

La gran marca internacional

 **GISPERT, s.a.**

Automación de la gestión empresarial
Sistemas · Equipos · Servicio

Barcelona (1) Povenza 206 Tel 253 84 07

Madrid (1) Logroña 64 Tel 225 85 81

53 Oficinas y Talleres en toda España

cana de 1929 está vacío y medio derrumbándose el Stadium de Heliópolis, construido para aquel certamen. Pero cuando el Betis y el Ayuntamiento del Frente Popular firmen el contrato de arrendamiento de Heliópolis, sólo faltarán tres días para la sublevación de Marruecos: es el 14 de julio de 1936. La madrugada anterior han asesinado a Calvo Sotelo.

Un club diezmado

Todavía se saben de memoria los béticos la alineación que el Betis presentó frente al Racing de Santander para ganarle en su campo al final de «la gloriosa». Pero dejemos la recitación para cogerla en la guerra civil...

Porque estoy por decir que el mito de un Betis popular, si bien surgió antes, se desarrolla después de la guerra. Cuando se haga la historia política del fútbol español se verá que el club blanquiverde fue uno de los que más sufrieron en sus carnes la contienda. En la temporada del Frente Popular (1935-36), el Betis se clasifica séptimo en la Liga, una Liga que ha terminado el 30 de junio. Cuando estalla la guerra, la mayoría de los jugadores están de vacaciones. Repetimos ahora de coro la alineación de «la gloriosa»...

Urquiga; Areso, Aedo; Peral, Gómez, Larrinoa; Saro, Adolfo, Unamuno, Lecue y Caballero.

... para ver qué fue de estos hombres. Urquiga estaba el 18 de julio de vacaciones en su casa; junto con Aedo, había sido traspasado aquel año a Barcelona. Areso estaba en su Bilbao. Peral, como era de Sevilla, quedó en la ciudad. Gómez se fue a Barcelona, y allí le cogió la guerra. Larrinoa estaba en su pueblo, Arrigorriaga. Saro (Ángel Martín Rodríguez) era de Sevilla, y aquí estaba. Adolfo se fue a Canarias, de donde era. Unamuno, a su pueblo de Vergara. Lecue, a su casa de Bilbao. Y Caballero, a su pueblo, Alcalá de Guadaíra.

Es decir, que cuando estalla la guerra, sólo tres hombres de «la gloriosa» quedan en Sevilla; los ocho restantes, en zona leal a la República. Mas no por razones políticas, sino inicialmente geográficas: son de sitios que han quedado en lo que se dio en llamar «zona roja». Muchos forman allí en equipos de circunstancias que llevan una especie de selección del Gobierno de Madrid por países americanos. Y muchos se quedan en Latinoamérica; concretamente, en Méjico. Por ejemplo, Aedo vive todavía en Méjico, donde se dedica a negocios de seguros; Areso también sigue exiliado en América. De los demás, muchos volvieron andando los años: Gómez vive ahora en Barcelona; Larrinoa, en Arrigorriaga, cuentan que enteramente dedicado a la caza; Lecue, en Madrid; Saro, en Bilbao, y Unamuno, en Vergara.

Durante la guerra, suspendidos los Campeonatos Nacionales, el Betis participa en partidos benéficos y patrióticos, ya con una corona rematando el escudo republicano.

—Costaba la misma vida —nos dicen los que vivieron aquellos tiempos— reunir a los jugadores para un partido a beneficio del Ejército o de Auxilio Social. El Sevilla estaba todo íntegramente aquí, lo que son las cosas. Pero el Betis tenía que buscar a un jugador en el frente de Peñarroya, y a otro en el de Extremadura... Porque Peral y todos los que estaban aquí, el día que empezó el Movimiento fueron movilizadas y adscritos a sus regimientos. Eso que se ha contado de Peral en la política es un puro fantasma, aprovechado por alguien para denigrarnos.

Los socios también están o movilizadas o huidos a la otra zona. Hay un momento durante la guerra civil en que al Betis sólo le quedan sesenta socios, que siguen pa-

SOCIOLOGÍA DEL



'MANQUE PIERDA'

gando sus recibos. Reúnen al mes trescientas pesetas de cuota; mayormente, paré que coma el conserje. Es el momento más negro. Al terminar la guerra —dice la historia áulica de la sociedad—, «sus listas sociales estaban diezmadas». Pero hay que mantener el tipo. Sobre el papel de los contratos, muchos de «la gloriosa» siguen perteneciendo a la plantilla. Pero la realidad es la diáspora de Méjico, de Argelès. Se forma con prisas un equipo de «reconstrucción nacional», con el que el Betis desciende a Segunda en la temporada primera de la posguerra, la de 1939-40. Ha empezado la cuesta abajo de los años del hambre, a pesar de que en el 1941-42 se vuelve a subir a Primera. Pero sólo permanece una temporada. En el 1943-44 baja otra vez a Segunda. Mientras el Sevilla, el «eterno rival», va manteniendo el tipo: en Nervión se puede ver fútbol de interés, a las figuras que empiezan a modelar el nacional-futbolismo de la «furia española»; en Heliópolis, en cambio (aún no ha llegado a la presidencia un gallego metido en el negocio de las aceitunas, don Benito Villamarín, que dará nombre al estadio), juegan el Illiturgi, el Mogreb, la Balona, el Utrera...

Surge el «manque pierda»

En 1947 baja a lo que todavía se recuerda como «el foso de la Tercera», Infierno de Dante en la mitología de la afición, del que el Betis resurge (aquí suele usarse el bonito símil del Ave Fénix), por fin, en la temporada 1953-1954.

En los tiempos de «la gloriosa» era presidente un abogado, don Isidoro Moreno Sevillano. Después de la guerra, se vuelve a la tradición de apellidos ilustres en la presidencia: don Alfonso Alarcón de la Lastra, don Francisco Cantalapiedra F. de Toledo, don Eduardo Benjumea Vázquez. Más tarde, coincidiendo con «el foso de la Tercera», llega al club el dinero hecho fácilmente en poco tiempo en la

posguerra, y los apellidos ilustres quedan a un lado. Acceden a la Directiva muchos «nuevos ricos»: navieros, transportistas, exportadores, constructores, hombres de negocios prósperos, fáciles y cuentan que algo complicados. Muchos de ellos vienen de fuera de Sevilla y quieren entroncar por medio del Betis —en Barcelona está ocurriendo lo mismo con el Español, y en Madrid con el Atlético—, con lo que juzgan lo más popular de la ciudad. Estoy por decir que en estos momentos, una comparación de saldos bancarios entre los directivos béticos y los sevillistas, hubiera dado predominio de dinero para aquéllos. Este dinero, de un lado (que sostenía los primeros pasos de un fútbol abierto al «marketing» de carne humana y a los

corretajes de cesiones y traspasos), y de otro, la acuñación de la imagen de una afición abnegada, fatalista, que se crece en el castigo y que frente a la adversidad de los avatares béticos confía siempre en el triunfo, permitiendo al club salir del infierno de la Tercera.

De cuando está en Tercera, o sea, del 47 al 54, debe ser la creación del «manque pierda». Se ha llegado a escribir, haciendo la historia de aquellos años negros:

«No importaba que los equipos que desfilaban por Heliópolis fueran más o menos modestos; cada domingo el campo bético se llenaba de una multitud alentadora. Los gritos de «¡Viva el Betis!» surgían de las gradas hasta enronquecer. Si ganaba, «¡Viva el Betis!». Y si perdía, «¡Viva el Betis!». Así surgió el grito escalofriante que en cinco palabras resume todo cuanto se pueda decir, en sentido ponderativo o analítico, de su rotundo y formidable resultado, de su titánico esfuerzo: «¡Viva el Betis manque pierda!» (4).

Pero parece que el «manque pierda» es de importación. Este «manque» por «aunque» no hay quien lo diga en Sevilla, ni en el habla más barriobajera del Pumarejo o de la Cava de los Gitanos. O de importación o de cartón piedra, alguien que lo dijo para hacer gracia, el caso es que suena a falso. Y, sin embargo, hizo fortuna. Tanta, que hay más de cuatro que se otorgan su paternidad, con pruebas históricas incluidas.

Tal era la pasión bética de aquellos años, que cuando volvieron en el «Semiramis» hacia los años cincuenta, los prisioneros de la División Azul repatriados desde la Unión Soviética, en un reportaje publicado en la prensa local se decía que uno de ellos preguntó nada más bajar del tren:

—Oye, ¿sigue el Betis en Tercera?

Pero el Betis ya tenía detrás firmas de directivos para avalar créditos bancarios para hacer frente al fútbol mercantilizado que se acercaba, con un Real Madrid con ínfulas de «pentacampeón». El foso

de la Tercera quedó atrás en el 54.

A pesar de todo, el «manque pierda» seguía en circulación, cada vez con más fuerza, con la oposición de muchos béticos ilustres, amantes de lo antiguo, que le quitaron el rombo al escudo republicano coronado para devolver la conferencia de los tiempos del Rey al interior del triángulo listado de Enrique Añino.

Agustín de Foxá escribió del «manque pierda». Porque más que en los propios, la frase tuvo éxito en los extraños. Contribuyó decisivamente a formar la imagen simpática que el Betis tiene en toda España. Cela cuenta, en «Viaje al Pirineo de Lérica», que la encontró escrita gloriosamente en la terna de una perdida aldea.

Pero los béticos siguen empeñados en reivindicar tanta falsa imagen. Ahora el club tiene quince mil socios, entre los que hay casi tantos profesionales como obreros, si no más. Para demostrar que es falso eso que dicen que los béticos chillan defendiendo a su club, pero que no van a ver al equipo jugar a la pelota, acaban de ampliar el campo hasta cuarenta y dos mil localidades.

Con todo, algo queda del mito. Hay quienes siguen uniendo superstición y afición. Uno de los tipos más pintorescos en la sociología bética es Antonio Moguer, «el chato Moguer», empleado de una Notaría de Sanlúcar la Mayor y auto-nombrado jefe de relaciones públicas del club que —según su propia confesión— «ha betiqueado en prensa, radio y televisión». Pues bien, «el chato Moguer», en un folleto titulado «Minibiografía y «otras cosas» de un bético feliz», que difundió en el campo la pasada Liga, escribe:

«Soy supersticioso cien por cien. De ahí tener más que creído que las porterías del Betis tenían mal faro, y lo peor es que es cierto». Cuando se cambiaron las porterías —porque así se hizo—, Moguer pudo hacer la estadística del mal faro: «Dieciséis partidos con las nuevas —escribe—: sólo cinco goles, las menos batidas de España al equipo local».

Dicen «mi Betis güeno» con el éxtasis que los romeristas hablan de «mi Curro de mi alma». Van al campo un domingo y otro, siempre con la esperanza del triunfo. Aunque su imagen oficial es «Curro el de los periódicos», que vende el «Marca» en la Campana, hay otros béticos que se oponen a la estampa fandanguera. En uno de los últimos ascensos, cuando la ciudad ofrecía una recepción oficial al equipo triunfante, un alcalde bético, el catedrático de Arte y ex rector don José Hernández Díaz, se dirigió a ellos desde el balcón del Ayuntamiento diciéndoles:

—Señores béticos: Sí, he dicho señores béticos porque los béticos somos unos señores...

... Y la Plaza Nueva se venía abajo en aplausos. Sí, son los señores de la ilusión y de la gloria. Lo que pasa es que a los ojos de toda España, por culpa de la sociología del «manque pierda», los sevillistas les han usurpado la exclusiva del señorío. ■ A. B.

(4) Del Arco: o. c., páginas 166-167.